



II.

INFLUENCIA DE LOS NORTE-AMERICANOS EN EL DESARROLLO MATERIAL DEL PAÍS.—LA COLONIA ESPAÑOLA.—ACTITUD DE MÉXICO EN LA CUESTION DE CUBA.

México, 21 de Agosto de 1895.

UNA de las cosas que primeramente llaman la atención del forastero que viene á esta Capital, es el número de norteamericanos que pululan por estas calles. El Hotel Iturbide parece ser el hormiguero de donde salen y se esparcen por la ciudad los vecinos y vecinas del Norte, que vienen, unos por curiosidad, otros huyendo de los extremos del clima de su tierra, y la mayor parte en busca de algún negocio ó empresa en que meter mano ó hincar el diente.

Véelos en grupos ó sueltos, á pie ó en bicicleta, y no se despintan, pues se les conoce á la legua por su figura, por su modo de andar y de vestir, y sobre todo por su idioma, todo lo cual contrasta con las modalidades mexicanas. De algún tiempo á esta parte han dado en venir á bandadas como los pájaros, y no se crea que son bandadas de poco más ó menos, pues se dan casos en que vienen de golpe y porrazo ochocientos ó mil excursionistas de los Estados Unidos.

Estas incursiones repetidas "tienen cola," como decía el chusco, pues paulatinamente van cambiando el aspecto ó fisonomía de la ciudad, con nuevos aditamentos de carácter foráneo. Tales son los letreros en inglés que ostentan hoy muchas tiendas á modo de anzuelo para que pique el pez; las cantinas ó *bar-rooms* á la americana, institución que marca la primera huella del progreso y la civilización *yankees*, y varios otros rasgos y perfiles que indican un procedimiento de evolución lenta pero inevitable.

¿Es bueno ó malo para el porvenir de México ese influjo extraño? Todavía recuerdan algunos el temor y alarma que causó en casi todo el país el proyecto del primer ferrocarril á través de la frontera. Creíase que por ahí iban á penetrar los "gringos" y posesionarse del territorio mexicano; por esa vía, por ese boquete, iba el tío Samuel á introducir la cuña para hender y dividir á México de arriba abajo.

Pero pocos años han bastado para demostrar las ventajas de esa vía férrea; después se acogió con agrado el proyecto y la realización de la segunda, y hoy comprende el país que esos ferrocarriles son regueros ó canales por donde viene á México el sobrante de la riqueza que hay en los Estados Unidos; que esas bandadas de excursionistas vienen á dejar aquí mucho dinero y algunas ideas y empresas que valen tanto como dinero; que la facilidad de las comunicaciones ha dado nueva vida á la agricultura, á la industria y al comercio, y este es el principio de mayor actividad en otros ramos.

En las antecámaras de los ministerios de Hacienda, de Comunicaciones y Obras Públicas y de Fomento, he tenido oportunidad de ver en estos días á varios norteamericanos esperando turno, muchos de ellos con rollos en la mano, que indicaban algún proyecto que iban á someter al ministro del ramo respectivo. Hoy, que por virtud de las economías introducidas en Hacienda, no se prodigan como antes las subvenciones, ningún daño puede resultar al país, antes bien éste puede reportar muchas ventajas de ese concurso de ideas y proyectos que aportan los vecinos del Norte con su espíritu emprendedor, su sentido práctico y su fino olfato para los negocios. Reconocida es la competencia é idoneidad de los Sres. Limantour, González Cosío y Fernández Leal, que desempeñan las citadas carteras, y no cabe duda que del turbión de proyectos que se les presenten, sólo escogerán para su planteamiento y realización aquellos que puedan traer al país algún beneficio positivo.

No estimo, por lo tanto, como perjudicial á México la influencia, cada día más marcada, que el elemento norteamericano viene á ejercer en sus negocios y empresas y hasta en alguna de sus costumbres. Indudablemente á esa influencia, insensible en un principio, más acentuada hoy, se debe el cambio en sentido progresivo que los mismos hijos del país reconocen en esta Capital, de diez años á esta parte. Ni creo tampoco que esa influencia pueda pasar de sus justos límites, pues ni es tanto el cariño de los mexicanos hacia sus vecinos del Norte que les ciegue para no ver sus defectos, ni faltaría á este pueblo suficiente virilidad para resistir cualquier desmán ó agresión el día que aquella influencia se extralimitase.

No: México aceptará de su vecino todo aquello que pueda convenirle: su amistad, sus galanteos, sus obsequios y sus servicios; pero como decía Perichole en su famosa carta á Piquillo:

*“mais pour les choses essentielles
tu peux compter sur ma vertu.”*

Este pueblo no olvida los acontecimientos de 1846 á 1847, ni puede perdonarlos, por lo mismo que la generación presente en los Estados Unidos reconoce que aquella agresión fué la más infundada é injusta de que hay memoria. Pero los nuevos vínculos comerciales, las relaciones de mutuos intereses, el contrato y trato social entre los dos pueblos, hacen que éstos vayan familiarizándose uno con otro, siendo la resultante que los americanos quedan encantados de México y de los mexicanos, y que éstos ya no miran á los "gringos" con tanta prevención y malevolencia como antes.

Y es que no hay lubricantes para suavizar asperezas como el tiempo. También el apodo de "gachupín" ha perdido mucho del oprobio que en otro tiempo entrañaba. ¿Y cómo no ser así, si hoy el Gobierno y el pueblo de México tienen motivos para estar convencidos de que en el concierto de las naciones no tienen una amiga más sincera, más leal y más afectuosa que España? ¿Cómo no ser así, si

de todos los grupos de distinta nacionalidad que hoy componen la población de México, el contingente español, sobre ser el más numeroso, es el que mayores muestras da de su afecto á este país por el respeto con que mira las presentes instituciones, por su acatamiento á las leyes, por su laboriosidad y por el arraigo que hace aquí con vínculos de intereses y de familia?

No hallarán los mexicanos respuesta más pronta, más eficaz, más espontánea á cualquier llamamiento que hagan, sea con fines benéficos, sociales ó de pública manifestación, que la respuesta que les dé la Colonia Española. Ni podrán presentar un cuadro completo de la riqueza del país, sin que en él figuren por modo prominente y en una proporción notable, muchísimos nombres de respetabilísimos españoles que se dedican actualmente al desarrollo de vastos intereses mercantiles, industriales, agrícolas y mineros.

El mismo agasajo y cordialidad con que yo he sido acogido por numerosos mexica-

nos en esta mi primera visita, demuestra que se han borrado y desvanecido los antiguos rencores ó predisposición de ánimo contra los españoles, por más que recientemente algún periodista haya dado motivo para que se renovaran, con las destemplanzas de su pluma.

Yo entiendo que hay una doctrina (si así puede llamarse un sentimiento no formulado todavía en preceptos concretos, pero que va cristalizándose poco á poco), que no entraña un principio solapado como aquella del "Destino Manifiesto," que quiere "toda la América para los (norte) americanos;" sino que tienden á la unión por lazos de amistad, de comercio y de interés mutuo, de todos los pueblos que forman la gran familia hispana. Y tengo para mí que dentro de ese concierto, el estrechamiento de relaciones amistosas entre México y España es un lazo tan sagrado como el último sacramento, el primer eslabón de una cadena de unión entre pueblos de un mismo origen, que tienen la

misma sangre, el mismo idioma, la misma religión y los mismos sentimientos.

Y que esa unión fraternal no es contraria al espíritu de la nación mexicana, lo proclama su propia bandera, esa bandera tricolor que simboliza las tres garantías del plan de Iguala, una de las cuales, representada por el color verde, sancionaba la unión é igualdad de mexicanos y españoles. Día llegará, y no se hará esperar muchos años, en que el grito de "mueran los gachupines," que era la nota dominante en otro tiempo en la celebración ruidosa del día 16 de Septiembre, se cambie por el más sensato "¡Viva México y viva España!" y entonces seguro estoy de que españoles y mexicanos, confundidos en fraternal abrazo, celebrarán juntos y sin resentimiento el memorable aniversario, dando al olvido pasados odios y rencores en aras de la reconciliación y de la concordia.

La actitud del pueblo mexicano ante los acontecimientos que hoy se desarrollan en la isla de Cuba, es indicio evidente de que

la mayor corriente de simpatías va hacia España. La opinión pública, reflejo de la mayor suma de inteligencias, comprende que los actuales disturbios de esa Antilla provienen de diferencias de raza, y no es, ciertamente, la africana que tiene mayores títulos al afecto y simpatía de este pueblo. Sabe éste, además, con esa convicción moral que lleva en sí todo presentimiento, aun sin contar con lo que pueda ejercer la razón auxiliada por la lógica, que la independencia de Cuba sería un breve paréntesis, cuyo *claudatur* había de ser inevitablemente su anexión á los Estados Unidos.

Y cualquiera mexicano sensato á quien se ponga francamente la pregunta, contestará sin vacilar qué prefiere ver á Cuba española que bajo la dominación de los yankees. Porque eso sí sería dar á los vecinos del Norte la llave del Golfo, que es como quien dice la llave del zaguán. No: á México no le conviene que Cuba deje de ser española: mientras lo sea tendrá una vecina amiga, y es bueno tener vecinos amigos

cuando uno vive en paz... y en todo tiempo. Yo he tenido conversaciones sobre este punto con hombres públicos y con particulares, y todos han estado contestes de que el actual movimiento insurreccional es un desatino; que no representa la aspiración de los cubanos sensatos; que no lo acaudillan ni apadrinan hombres de valor; que no acusa bastante fuerza moral ó material para salir airoso, y que México preferirá que España logre establecer la paz y el orden en la Antilla, á verla pasar á otras manos después de un breve período de agitada y turbulenta independencia.

Un general del ejército mexicano, que tiene en el cuerpo varias cicatrices como recuerdo de sus acciones de guerra, se indignó un día al leer en un periódico la noticia de que había venido á México una emisaria para la compra de armas. "Sí, pues á buena parte viene! exclamó. Debieran saber esos insurrectos que envían mujeres á comprar armas, que aquí encontrarán menos simpatías todavía que en España."

De vez en cuando, alguno que otro periódico de esta ciudad se deja engañar ó sorprender por telegramas condimentados por los laborantes; pero la prensa sensata, la que pesa las noticias antes de publicarlas y les aplica la piedra de toque del criterio, no suele caer en esas trampas: de manera que los periódicos más importantes y más considerados en esta Capital guardan una actitud correcta, tan correcta como la del Gobierno y de las autoridades en toda la República, que no permitirán que los manejos de los laborantes turben las amistosas relaciones que reinan entre México y España.



III.

ENTREVISTA CON EL SEÑOR PRESIDENTE.—ESTADO GENERAL DEL PAÍS.—LO QUE HA HECHO EL GENERAL DÍAZ PARA CONSOLIDAR LA PAZ Y PROCURAR LA PROSPERIDAD DE MÉXICO.

México, 22 de Agosto de 1895.

EN la íntima seguridad de que los favorecedores del "DIARIO DE LA MARINA" habrían de leer con interés cualquiera manifestación emanada de un Jefe de Estado tan notable como el Presidente Díaz, que les diera á conocer cómo siente y cómo piensa respecto de la marcha progresiva que él ha sabido trazar al país, quise aprovechar mi estancia en México para recabar de él una entrevista, que me concedió con su habitual benevolencia.